

fustazos del pescadero se perdió entre el estrépito de la borrasca que iba en aumento.

Cerró Francisca la puerta del corral, atravesó éste con mucha ligereza, porque la lluvia torrencial lo había transformado en pocos minutos poco menos que en un estanque, en el que desaparecían los estercoleros, y entró en la cocina, en la que una linterna de luz mortecina apenas alumbraba.

En el momento en que para cerrarla empujaba la puerta, se arrojó á su cuello una joven cuyas ropas estaban chorreando agua y se pegaban á su cuerpo.

La joven apoyó la cabeza en el hombro de la pescadera, y llorando amargamente y sollozando murmuró con profundo desconuelo:

—¡Madre! ¡Madre mía!

Retrocedió Francisca y contempló con doloroso asombro el rostro demacrado de su hija, y dejándose llevar de un arranque de apasionada ternura la estrechó sobre su pecho diciéndola al mismo tiempo:

—¡Ven, hija mía! ¡No tengas miedo y cuéntamelo todo!

II

En el día que ocurrían estos sucesos, y á la misma hora, la hermosa fragata de guerra *Diana* franqueaba, á pesar del mal tiempo

los formidables pasos de la rada de Brest.

En medio de las enormes rocas contra las que habríanse estrellado infaliblemente á desviarse de su camino, sirviéronla de guía los faros de Toulinget, Saint Mathieu, Portzic, Camaret y Petit Minou.

A bordo de la fragata reinaba una alegría muy grande, lo que era muy natural, porque desde hacía diez y ocho meses estaba navegando por las aguas de Filipinas, Borneo y Japón, á miles de leguas de las costas francesas.

Es un momento de enternecimiento, un momento encantador aquel en que dejando á un lado toda falsa sensibilidad, se vuelve á poner el pie en el suelo de la madre patria.

En el fondo de la rada brillaban como otras tantas estrellitas las luces del puerto y de la ciudad destacándose de entre la obscuridad.

Iban á anclar, y Oficiales y marineros todos permanecieron sobre el puente latiéndoles con fuerza el corazón.

La persona que no haya estado ausente de la patria durante muchos años ó sufrido ese destierro en medio de la soledad infinita de los Océanos y vivido separada de los seres á quien más se quiere, no puede comprender la intensidad de la emoción de esos soldados del deber que regresan á su país natal.

Entre esos hombres, á los que embelesaba la idea de respirar los aires natales, encontrábase uno en quien no obstante de lo impenetrable de su rostro, ese embeleso supe-

raba en cien codos al de los demás: era el Capitán de la fragata.

Jacobo de Kerhoët tenía á la sazón treinta y seis años, y en concepto de cuantos le conocían, era uno de los Oficiales más distinguidos de la marina francesa.

Su padre, conde de Kerhoët, marino como él, vióse obligado á retirarse siendo aún muy joven á consecuencia de una grave herida, y entonces se instaló con su esposa, hija de un antiguo Magistrado normando, el barón de Morville, en el castillejo de este nombre, que dominaba desde la altura de la granja de los Godin.

En ese sitio educóse Jacobo con entera libertad, lo mismo que un aldeano ó un pescador, y sin recibir hasta los doce años más lecciones que las de su padre, que se consagró por completo á su educación.

Al llegar á los doce años, el futuro Capitán por cuyas venas corría buena sangre bretona, sabía ya dirigir como el marinero más diestro una barca de pesca, una red ó un bichero, y manifestaba á cuantos querían oírle que no sería nunca más que un marino.

En esa época murió el Conde, dejando á su hijo una renta de nueve á diez mil francos, y el huérfano del que Francisca no se había separado ni un momento, entró primero en un colegio y más tarde en la Escuela naval.

En pocos años recorrió los primeros escalones, y muy joven aún consiguió llegar, gracias á haber prestado notables servicios, al

empleo de Capitán de fragata que le aseguraba esa posición tan envidiada por todos los Oficiales de marina: el mando á bordo.

Era muy difícil encontrar otro que fuese más digno que él, y debemos añadir que pocos Jefes eran tan estimados de sus inferiores ni les inspiraban tanta confianza.

Era el conde de Kerhoët, hombre de mediana estatura y de un vigor extremado en proporción de sus formas, y armonizando con ellas, poseía una de esas fisonomías que una vez vistas se olvidan con dificultad, consistiendo su carácter principal en la sonriente firmeza y calma invariable de su rostro, al que no se traducían jamás las emociones que experimentaba el alma por muy punzante que éstas fuesen.

El Capitán, que tenía el cabello obscuro, recta la nariz, mirada á la vez altiva y dulce, delgados los labios y pálida la tez, parecía haber nacido predestinado para mandar á los hombres y agradar á las mujeres.

Había conseguido esto último, y si bajo su levita de uniforme palpitaba con fuerza su corazón como el de cualquiera de sus contra-maestres al que esperaba su compañera, era porque él también iba á ver á una mujer, á la que idolatraba.

¡Su esposa!

Hacia cinco años que se habían casado.

Durante una recalada que duró bastante tiempo hecha en Marsella, se unió á una rica heredera, cuya hermosura y riqueza trastornó más de una cabeza.

Alta y esbelta, resplandeciente de frescura y tallada como una estatua en mármol por desconocido é incomparable artista, con los labios de púrpura y dientes de marfil, parecíase Valentina Fontanet con sus rasgados ojos negros, llenos de fuego y la abundante y sedosa cabellera que coronaba una frente soberbia como la de una diosa ó una de esas hermosas griegas de las que tal vez descendía, y pasaba con justa razón por ser la estrella de la Provenza, de un país en que no escasean las hermosuras.

Dió la preferencia al Conde, á pesar de que la hacían la corte hombres de más elevada posición, en una época en que Jacobo era sólo Teniente de navio, ofreciéndole una mano que éste, asustado por los millones de la heredera, no se atrevía á pedir, suplicándole al mismo tiempo que continuase su carrera.

Calculábase la fortuna que ofreció al Conde en doscientos cincuenta mil francos de renta, ganados en parte por el padre de Valentina, armador y banquero en Marsella y propietario en París, en donde solía pasar largas temporadas en un gran hotel, ó mejor palacio, en Cours-la-Reine.

No le costó al Conde gran trabajo aceptar la proposición de su futura, porque por mucho que la amase tenía verdadero cariño á su profesión, á la que no habría renunciado sin acentuada contrariedad.

Celebróse el casamiento y fue para el marido un acontecimiento de esos que no se olvidan en la vida y origen de una serie con-

tinuada de felicidades, porque Valentina se reveló como mujer espiritual cariñosa y de carácter enérgico.

Al principio el Teniente se ausentó durante cortas temporadas, porque destinado unas veces al Ministerio de Marina, y otras prestando servicio en el puerto de Cherbourg, residía en París, entre cuya alta sociedad brilló la hermosura de la Condesa, produciendo gran sensación.

Durante el primer año de su unión, tuvieron los Condes un hijo, y su felicidad fue tan completa como es posible en lo humano, y diez y ocho meses antes de la época en que empieza esta narración, y á poco de nombrar á Kerhoët Capitán de fragata, encargáronle de una misión en el extremo de Oriente.

Creyóse en un principio que esa misión sólo duraría seis ó siete meses, pero se prolongó más por inesperadas complicaciones, y por instrucciones emanadas del Ministerio de Marina.

La Condesa, que hacía dos años había heredado á sus padres, vivió durante su forzada viudez en su casa de París en el mayor aislamiento, y entregada por completo á la educación de su hijo y al que profesaba entrañable cariño.

Hallábase á la sazón en todo el esplendor y desarrollo de su belleza.

Si hay alegría alguna en el mundo para unos esposos que ni un momento dejaron de quererse, es la de verse después de larga separación.

Al aparecer el buque en el horizonte, las manos mueven con febril agitación los pañuelos, hínchanse los pechos, y lágrimas de felicidad empañan los ojos.

Con mucha frecuencia consultó el Capitán durante el viaje su cronómetro y calendario con la misma ansia que el colegial espera á que lleguen las vacaciones ó el preso su libertad, y no obstante, ser muy avanzada la hora á que entró la fragata en el puerto, permanecía en el puente intentando explorar con la vista y á través de la obscuridad lo que pasaba en los muelles.

Crejó que así podría descubrir entre la multitud reunida en el muelle de piedra para recibir á la fragata, una silueta, la de una mujer de esbeltas formas y elegante traje en la que habría reconocido sin gran esfuerzo á la mujer evocada por el deseo.

Era imposible que la Condesa no tuviese noticia de su llegada, y debía esperarle en los muelles tan ansiosa y palpitante como él.

Había adelantado la llegada cargando con la responsabilidad de abreviar el itinerario marcado para ganar algunos días, presentándose antes de la fecha en que le esperaban, que estaba fijada al mes siguiente.

Tan grande era la fiebre del amor que le dominaba, que contaba con una casualidad, con la adivinación del alma, con esa presciencia, doble vista que nos avisa la proximidad, el acto de acercarse el ser amado.

En vano dirigió el Conde sus miradas á todas partes, porque ese conjunto de curio-

sos, padres, hermanos ó esposas que acudían presurosos á recibir á la tripulación de la *Diana* cuando desembarcase, no vió á nadie que se pareciese á la Condesa.

La hermosa provenzala estaba ausente, y el corazón del marino se oprimió dolorosamente, siendo esta ausencia una horrorosa decepción para él que habría sido capaz de atravesar toda Francia, de un extremo á otro para ver antes á su adorada.

Fue en vano que para tranquilizarse se dijese y repitiese que no era posible que estuviese enterada del día de su llegada, y que su presencia en aquellos sitios sólo podía ser efecto de un milagro.

La impaciencia hizo que se crispasen de una manera nerviosa los dedos, y dando las últimas órdenes, desembarcó.

La tripulación de la fragata se dispersó delante de él, dando gritos de alegría por las calles que, á pesar de la violenta borrasca que se desencadenaba en aquellos momentos sobre la ciudad, estaban llenas de animación y de luces.

Echó á andar Kerohët por la calle de Siam muy despacio, como si temiese que apresurándose iba á salir antes al encuentro de una mala noticia; pero no obstante, en el momento en que divisó las ventanas del hotel en que creía podía encontrar algunas cartas, recobró alguna esperanza.

Allí tal vez encontraría la explicación de esa ausencia, pero esta esperanza tardó muy poco tiempo en disiparse.

—No hay nada, Capitán,—le dijeron.
Y esta fue toda la contestación que recibió á sus preguntas.

Pasó una noche horrorosa, dominándole, á pesar de su probada energía los más siniestros presentimientos de que había ocurrido una catástrofe.

Fue inútil que hiciera esfuerzos acudiendo al razonamiento para calmarse, porque le asaltaron como otros tantos horribles fantasmas de cruel pesadilla las suposiciones más increíbles.

Las horas parecieronle siglos, y esperó con anhelo á que llegase el día, que al fin llegó, y desde sus primeras horas, enfermo de espíritu y presa de mortal inquietud, trató el Conde de cumplir con sus deberes presentándose en la Prefectura marítima para llenar los requisitos que impone la ordenanza; hecho esto se marchó para encargar coche y caballos.

En aquellos momentos hubiera deseado tener alas para poder volar á París.

En la época en que ocurrieron estos sucesos la línea férrea no llegaba más que hasta Mans y desde Brest á Mans había que recorrer una distancia que era aproximadamente la de ciento cincuenta leguas.

El conde de Kerhoët prodigó el dinero á manos llenas para que á los trotones del país que tiraban de su carruaje les naciesen alas, y el dinero casi siempre produce los efectos que se desean.

Al día siguiente, rendido por los vaivenes

de una antigua carroza que databa del primer imperio, llegó á las dos de la tarde al patio de la estación en el momento mismo en que iba á salir un tren.

Ocupó precipitadamente un asiento y exhaló un suspiro de satisfacción, porque cada minuto que pasaba le acercaba á su esposa.

¡A su esposa! Es decir, á todo lo que adoraba en este mundo, á lo que ansiaba con un deseo de amante, á la mujer por la que habría sacrificado todo sin vacilar lo más mínimo; sí, lo habría sacrificado todo por ella, excepción hecha de su honra de caballero y de marino.

Durante el viaje y mientras se deslizaban rápidamente por delante de la ventanilla del vagón, cuya lentitud maldecía, las aldeas, granjas, prados y árboles, cual otras tantas fantasmagóricas visiones, recordó los términos en que estaba escrita la última carta de Valentina, de esa carta que conservaba con precioso cuidado, como una emanación del ídolo, un perfume de la flor preferida, ó un talismán contra los pesares y la nostalgia de la separación.

Esa carta respiraba en todas sus fases el amor y ternura.

Te amo, deciale Valentina, y eres mi alegría y orgullo, y jamás mis miradas se fijarán en otro que no seas tú.

En todas sus frases revelábase una adoración sin límites.

Y pasados diez y ocho meses de separación y en los momentos en que se hallaba á dos pasos de ella, si comparaba con la estación de Francia las inmensas distancias que antes le separaban de ella, no acudía á su encuentro recorriendo esa tan corta distancia para reunirse con él, para adelantarse, aunque no fuese más que un día, una hora, y arrojarse en sus brazos.

¡Qué diferencia tan grande entre ambos!

¡Cuántos meses pasó contemplando con fija mirada el mar, examinando con atención cuantas velas veía dibujarse en el horizonte!

Mientras duró ese viaje, viaje que podían haber hecho juntos y muy juntitos, no se movió el Conde de su rincón dominándole un cruel abatimiento que iba creciendo por momentos, abismado por completo en sus cavilaciones é insensible por completo á cuanto pasaba á su alrededor.

La locomotora silbó con más frecuencia, y las casas sucedieron unas á otras casi sin interrupción; habían llegado á los arrabales de París, y á los pocos minutos divisaron la gran ciudad iluminada por millares de luces que fulguraban en medio de la obscuridad de la noche.

El silbato de la máquina lanzó al aire por última vez sus estridentes notas, y el tren se deslizó entre dos murallas deteniéndose al fin bajo una bóveda.

Habían llegado; respiró el Capitán á sus anchas y se disiparon los fantasmas, ¿qué era lo que tenía que temer?

¿Acaso Valentina pudo prever su regreso?

¿Cómo había podido hacerlo para averiguar la fecha exacta?

¿Quién iba á decírselo?

Con la ligereza de un grumete saltó Jacobo de Kerhoët del vagón, pasó con la velocidad de un proyectil por medio de los aduaneros y empleados de la estación para tomar por asalto el primer carruaje vacío que encontró, diciendo al cochero:

—A Cours-la-Reine. Diez francos por la carrera.

Con una oferta como esta no hay penca en París, así no tenga más que tres patas, que no vuele lo mismo que un hipócrifo.

III

Sin embargo de esto, el cochero, un respetable anciano que había debido ser Notario en los buenos tiempos de pasadas bienandanzas ya desvanecidas, inclinó la cabeza, encogió los labios castañeteando la lengua con aire de duda, sacudió un ligero fustazo en el huesoso lomo del penca, y éste echó á andar con el paso propio de los caballos de los coches de punto.

Comprendió inmediatamente Jacobo la